

EUTANASIA: UN CIRUJANO SE CONFIESA

«Y O los maté. Esa es la palabra justa. Es absurdo buscar eufemismos. Las personas deben disponer, moral y técnicamente, de medios para acabar con sus propias vidas con dignidad. El asesinato, llámese por su nombre, no tiene nada de reprehensible si se lleva a cabo por razones generosas y humanitarias...».

El doctor Mair, en el ejercicio de su profesión, ha ayudado a morir a un mínimo de quince personas. Tal vez veinte, aunque no lo sabe con exactitud. «Estoy seguro de haber obrado bien —afirma—, a pesar de lo cual, el recuerdo de ciertas intervenciones continúa reprimido en el fondo de mi memoria. Y, además, ¿qué importancia tiene el número? Las estadísticas sólo conseguirían distraernos de lo esencial. Y lo esencial es que la eutanasia —en casos muy precisos— es una bendición».

A sus sesenta años, el doctor George Mair ya no ejerce. Vive retirado en Old Polmont, pueblito de su Escocia natal. Allí reflexiona y escribe. Su último libro, «Confesión de un cirujano», que acaba de publicarse en Londres, está provocando un auténtico revuelo. Asesinato médico deliberado: todo el mundo sabe que es algo que existe. Pero de ahí a pregonar el asunto, a lanzarlo a todos los vientos, a reivindicarlo personalmente, media un abismo. Con serenidad, sin ánimo de provocar y sin discursos ideológicos, el bueno del doctor Mair relanza el viejo debate en torno a la eutanasia.

«Claro que hay otros médicos que matan para aliviar los sufrimientos —escribe el doctor Mair, que no se toma por un héroe—. Mientras que la cosa se hace con toda discreción, no surge ningún problema. Pero era ya hora de hablar claro. El cuerpo médico va sin duda a condenarme. La justicia británica seguramente me dejará tranquilo. Eso espero al menos. Incluso si se me persigue judicialmente, vale la pena correr este riesgo. ¡Es muy importante que a los enfermos desahuciados se les oblique a vivir a cualquier precio!».

George Mair fue «iniciado» en la eutanasia por uno de sus jefes durante sus primeros años como médico. De vez en cuando, muy discretamente, se abreviaban los sufrimientos de algún condenado. En el Warneford Hospital de Leamington Spa había en particular un cirujano por quien el doctor Mair sentía gran admiración. «Un tipo genial. Muy bueno. Bromeaba con su paciente, a todas luces volun-

tario, y le administraba una dosis masiva de evipán. Un minuto después, el enfermo estaba dormido. Y al cabo de una hora, moría plácidamente... Yo también hice eso en dos o tres ocasiones por aquel entonces».

Había en el servicio varios viejos cancerosos que iniciaban su larga y atroz agonía. «Es muy triste, oyó decir a una enfermera. Mañana por la mañana estarán en el depósito de cadáveres...». En un principio, el doctor Mair se mostró un tanto sorprendido. Muy pronto, sin embargo, comprendió el sentido de aquello. «Yo creía incluso que no estaba penado por la ley».

El doctor Mair no se extiende sobre los métodos que emplea. De todos modos, ilustra sus principios con unos cuantos ejemplos y unas pocas indicaciones técnicas. «A veces —dice—, basta con suprimir una medicación que prolonga la vida —ya sólo vegetativa— de unos desahuciados. Sin embargo, en los casos de enfermos que sufren fuertes dolores, es preciso recurrir a la administración de dosis masivas de anestésicos. En el fondo se trata casi de lo mismo».

Hay enfermos que, cansados de sobrevivir sin esperanzas, tratan de «evadirse» por sus propios medios. El doctor Mair lamenta tales tentativas empíricas, que pueden provocar fracasos dramáticos. «Cuando se está en relación con desgraciados que buscan desesperadamente una salida, puede ocurrir que en el curso de la conversación alguien se refiera al mejor modo de acabar con una vida que

es ya imposible y que lo haga en presencia de esos enfermos como si no fuesen ellos los interesados. Es posible que se hable, de paso, de cuántos comprimidos de tal o cual medicamento hay que tomar para evitar los vómitos y para que los efectos sean totalmente seguros, que se sugiera que unos cuantos tragos de whisky facilitan el paso...».

Si el médico ha de intervenir activa y personalmente, es preciso que el paciente se sienta tranquilo. «Se discutía de todo ello en torno a una taza de té. Y después, el enfermo decía que había llegado la hora y que yo debía proveer lo necesario».

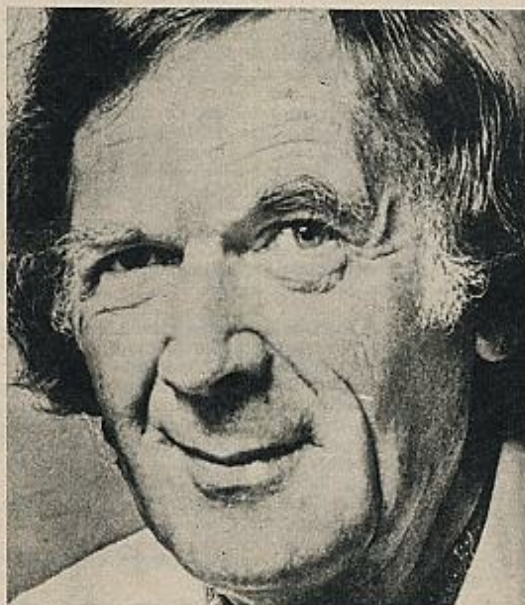
El doctor Mair no dejó de practicar la eutanasia después de abandonar aquel hospital. Intervino varias veces mientras duró su estancia en Grangemouth como médico de cabecera. Un enfermo de edad había sido operado sin éxito de un cáncer. «Yo mismo tal vez pueda aguantar el dolor —le dijo aquel paciente al doctor—, pero, ¿y mis parientes? ¿Está usted dispuesto a ayudarme?». «Haré lo que pueda», le contestó el doctor Mair. Unas semanas más tarde, el condenado tomó la mano del doctor y le miró fijamente. El doctor hizo todo lo necesario para que se cumpliera el deseo del pobre hombre. Otro desesperado, que había obtenido quince granos de morfina, cantidad que superaba la dosis considerada como mortal, se despertó después de treinta y seis horas de olvido. Se sentía mejor. Pero muy pronto volvió el dolor. Y esta vez,

el doctor Mair lo eliminó definitivamente.

Por la misma época, el doctor Mair tuvo que ocuparse de una mujer de cuarenta años a la que los médicos le habían dado unas semanas o tal vez unos meses de vida. Eran tales sus dolores, que había que administrarle varias dosis de analgésicos diariamente. La mujer arregló todos sus asuntos, hizo su testamento y dijo adiós a sus amigos. A petición propia, la mujer fue llevada a una habitación aparte. Allí, cogida de la mano del doctor, escuchó la «Novena sinfonía» de Beethoven. A continuación, el médico le inyectó la dosis requerida en el brazo. La mujer se quedó dormida y falleció en menos de una hora, tras haber murmurado con voz muy clara: «Gracias de todo corazón...».

George Mair está convencido serenamente de haber actuado como convenía para atajar los sufrimientos y las agonías inútiles. No se siente en absoluto atormentado por esas acciones. Para él, la eutanasia es el último y caritativo recurso de los desahuciados. A condición, claro está, de que cada caso sea considerado en particular y responda a criterios draconianos. En primer lugar, el paciente debe exigir libremente ese gesto por parte del doctor. En segundo lugar, el diagnóstico sin posible apelación debe ser confirmado por dos médicos al menos. Y, por último, es preciso que, según ese diagnóstico, toda esperanza o alegría de vivir hayan quedado definitivamente descartadas. Son a menudo los propios allegados al enfermo quienes instan al médico para que acabe cuanto antes con el desahuciado. La decisión debe tomarla, empero, el paciente en consulta con el médico. Excepto cuando se trata de recién nacidos para los que no cabe ninguna esperanza de felicidad o vida futura.

He aquí algunas de las reacciones británicas al libro del doctor Mair, «Confesión de un cirujano»: «Resulta admirable que haya osado hablar así —opina la Sociedad en pro de la Eutanasia—. Parece más necesario que nunca modificar la ley». «Estamos en contra de la legalización de la eutanasia —responde la Iglesia de Escocia—, pero es preciso respetar las decisiones tomadas por los médicos dignos de este nombre». «No queremos comentar un caso individual; sin embargo, nuestra doctrina oficial condena la eutanasia», añade la British Medical Association. ■ JEAN-FRANCIS HELD.



Doctor Mair:
A los desahuciados por la Medicina no se les debe obligar a vivir a cualquier precio».